

“Tengan en hora buena esas regiones
Pábulo en su quimérica esperanza,
Y abriguen tan risueñas ilusiones.
Grande es de nuestro imperio la pujanza
Para ver con desdén esas ficciones;
Quizá la realidad sin gran tardanza
Venga á nosotros á traer desnuda
Sin afeites ni embozos á la duda.”

Aquí el tartáreo demagogo altivo
De repente calló como en acecho
De un alto pensamiento fugitivo,
De un rayo luminoso que derecho
Bajara á su cerebro pensativo;
Y luego “¡Sí, muy bien, todo está hecho!
¡Qué buen estratagema! nuevamente
Prosiguió cual frenético ó demente.

“Ocúrreme un ardid, una emboscada
Con que podremos sorprender al punto
Al autor de lisonja tan soñada;
A tal fin he exprimido todo junto
El jugo de mi mente torturada.
Atentos escuchadme: yo barrunto
Que si ese grande enviado no es un mito,
Ya se halla entre el linaje del proscrito.

“Mis razones oíd. Como os decía,
Ese país donde aquel pueblo mora,
Que en ser de Abraham progenie se gloria,
Abierto es para mí; pues nadie ignora
Que yo siempre en él tuve gran valía;
Guardaos pues lo que os descubro ahora.
Entré una vez, cual guiado por instinto,
De su gran sinagoga en el recinto.

“De faz rugosa y barba venerable
Los sitiales por orden ocupaba
Un augusto consejo respetable.
Un gran libro en el centro destacaba
En que grave varón, con insaciable
Avidez ciertos signos descifraba,
Y parecía después en conferencia
Entrar con la cejuda concurrencia.

“Al sordo cuchicheo yo puse mientes,
Y escuché entonces por la vez primera
Discutirse con frases elocuentes
Ese libertador que el orbe espera;
Y citándose oráculos recientes,
Aun el tiempo fijarse en que debiera
Dejar los altos reinos celestiales
A socorrer los míseros mortales

“De un Jacoby un Daniel, como invencibles
Atletas de esos pueblos venturosos,
Cumpeaban los oráculos *temibles*,
Encerrando esos tiempos misteriosos
Entre diques, por cierto perceptibles.
Según esos oráculos pomposos,
El llamado Mesías habrá venido
Cuando Judá su cetro haya perdido.

“Y setenta semanas se han fijado
Que de años formarán sus eslabones,
Y correrán desde el edicto dado
De que Sión levantará sus torreones,
Para que venga en pos el Anunciado
Por quien pueblos suspiran y naciones:
Aqueste enigma descifrar debemos,
Los hilos de esta hurdimbre ya tenemos.

“Ciertos signos también, ciertas señales
Sobre la faz del globo, anunciarán
Al héroe de las cumbres siderales,
Según lo que otros vates predecían
¡No hay tiempo que perder! asuntos tales
Del azar al capricho no se fían.
Creédmelo: si todo es vano figmento,
Rodará la impostura en un momento.

“Descorramos el velo de ese arcano:
Sabed que el cetro de Judá rompióse,
Y hora lo empuña una extranjera mano;
(¡Cayó el grande árbol de la edad al roce!)
Y si un cálculo mío no sale vano,
Ya el tiempo prefijado deslizóse;
Y esa cadena de años ya completa
Sus anillos, tal vez: he aquí la meta.

“Por tanto, en esta pública asamblea
A proponer me atrevo, si os parece,
Que algún explorador mandado sea
Para observar si acaso el orbe ofrece
Huella alguna ó señal en que se vea
Que allí algo raro, insólito acontece;
Y así podremos acechar atentos,
Y estudiar los hostiles movimientos.

“Enemigo al nacer, es un pigmeo;
Mas una vez que empieza á levantarse,
Y va extendiendo un brazo giganteo,
Y ya intenta de nubes coronarse;
¿Quién irá á provocar ese Briareo?
Nuestro jefe con él irá á afrontarse:
Peró antes que la chispa se haga rayo,
Hiérase al enemigo de soslayo.”

Una mirada viva y altanera
El orador grandilocuo paseaba
Por todo aquel salón, como en espera
De triunfales aplausos. Dominaba
Un fúnebre silencio: se creyera
Que ese pueblo, del rayo se acordaba,
Y su triunfo maldijo: pero luego
Satán alzóse respirando fuego:

“La sesión, exclamó, ya se levante;
Tú quedas desde ahora constituido,
Noble orador, para marchar delante,
Y descubrir el nuevo plan urdido,
Siguiendo toda huella; ve al instante;
Sube al globo terrestre, y pon oído:
Nada te turbe, aunque el empíreo rueda;
Véase otra vez lo que mi brazo puede.”

Triunfó de su rival el buitre astuto,
Y dueño de la presa codiciada,
Rindió á Luzbel de adulación tributo;
Y cual parte la flecha disparada,
Así el imperio del eterno luto
Él dejaba en su marcha arrebatada;
Y agitando sus alas de vampiro,
Batía las sombras en revuelto giro.

Como lucha en el piélago espumoso
El náufrago perdido, así incansable
Bregaba el monstruo alado sin reposo
Por romper esa bruma impenetrable;
Que, cual dragón elástico, anuloso,
Lo envolvía por doquier inextricable;
Y nunca con sus alas y sus brazos
Del cáos rompiera los eternos lazos:

Si en su marcha afanosa no encontrara
El hueco de la inmensa cortadura
Que del Orco las cúspides rasgara,
Cuando toda cimbróse la natura.
Entonces, sin que nada le estorbara,
Rompió animoso por la gran ruptura,
Y hallóse en una playa solitaria,
Triste como la urna cineraria.

La atónita mirada giró en torno
A través de ese páramo desierto,
Y en su imponente, lúgubre contorno,
Reconoció las playas del *Mar Muerto*,
Donde otro tiempo, como en un grandehorno,
En las entrañas del abismo abierto,
Ardieron las impúdicas ciudades,
Terror y execración de las edades.

El Astro moribundo ya mandaba
Su triste adiós á toda la natura,
Y su última sonrisa le dejaba
Palpitante en los haces de luz pura
Con que las altas cumbres sonrosaba,
Mezclando ese matiz de viola oscura
Que en las altas montañas se combina
De la amena, fecunda Palestina.

Los montes Abarim sus caprichosas
Siluetas proyectaban arrogantes
Sobre el haz de esas linfas perezosas,
Al reciente cadáver semejantes,
Cuyas tristes pupilas misteriosas
Reflejan los fulgores oscilantes
De los cirios que en torno centellean,
Y con sordo rumor chisporrotean:

Cuando ya Belfegor cauto medía
Toda aquella región, husmeando atento
Qué signo extraordinario ella exhibía
En un negocio de tan gran momento:
Todo cual siempre, en inacción yacía,
Y ni aun sus alas agitaba el viento;
Nada turbaba el funeral letargo
Sobre las playas de ese estanque amargo,

Donde soplan jamás auras vitales,
Donde el ave jamás su vuelo tiende,
Ni abriga el suelo gérmenes vitales,
Ni algún arbusto su ramaje extiende
En que jueguen las brisas otoñales,
Ni algún pez bullidor las aguas hiende;
Allí el concierto de los astros calla,
Pasa errante la luna y se desmaya.

Solo el horror, la fetidez, el llanto,
El luto de la tumba allí domina,
Todo envolviendo con su denso manto;
Allí el mortal horripilado inclina
Su frente ante ese erial, lleno de espanto,
Y algo enorme terrífico adivina:
¡Ira de Dios! ¡Ejemplo sin segundo!
¡Carne maldita! ¡Se estremezca el mundo

Siguió el tartáreo explorador delante
Solicito rastreando su gran presa;
Y antes que se hunda el sol agonizante,
Madurar quiere su tenaz empresa.
Avanza pensativo y vacilante
Hacia el desierto de Judá, que empieza!
A dilatarse, sobre un risco asciende,
Y su mirada en derredor extiende.

Súbito el pasmo se pintó en sus ojos
Que sombreó el entrecejo; aquel conjunto
Terror causóle y le llenó de enojos;
Y aunque mira lograrse el grave asunto,
Mira también perdidos los despojos
Del Orco y su dominio todo junto:
¡Aquel bronco desierto respiraba,
Y su seno turgente palpitaba!

No como antes abruptos peñascales,
O ramblas y montículos de arena,
Ni abrojos ó silvestres matorrales
Cubrían esa región; fértil, amena,
Imitando sonrisas celestiales,
Aparecía de mil encantos llena:
En un fúlgido Edén se vió trocado
El antiguo desierto aletargado.

Una flora lozana, prodigiosa
Formaba allí riquísimos tapices,
Y con pródiga mano artificiosa
Mil tintas combinaba, y mil matices;
De Acor el fértil valle, la espaciosa
Llanura de Sarón, y las felices
Regiones de la Armenia envidiarían
Las galas sin igual que allí lucían.

Los frescos tulipanes coronaban
Las negras peñas, de verdor ceñidas,
Los narcisos y anémonas poblaban
Los barrancos y quiebras más hundidas,
Polígalas y rubias alternaban
Con los lirios y rosas encendidas,
Y entre rojos jacintos y astromelias
Erguíanse con donaire las camelias.

Los flancos de las rocas paso abrían
A copiosos, parleros manantiales
Que entre espumas blanquísimas corrían,
Salpicando de perlas orientales
Las flores que en sus márgenes crecían,
Para después formar con sus cristales
Esos limpios remansos en que el cielo
En un beso se funde con el suelo.

De su estupor un tanto recobrose
El cornudo satélite, aguerrido
En su espionaje audaz; mas internose
En el vasto desierto conocido,
Y otra vez su entrecejo replegose:
A cada paso se encontraba hundido
En nueva admiración, nueva sorpresa,
Y el vértigo estrujaba su cabeza.

Los más gratos perfumes embriagaban
Aquella aura serena y transparente,
Miel hiblea los peñascos trasudaban,
Y el bálsamo y la mirra redolente
Los floridos arbustos destilaban,
Y mil aves trinaban dulcemente,
Allí, donde antes los hinchados vientos
Sabían tan sólo murmurar lamentos.

Y entonces más el infernal legado
Salió de seso al ver que la natura
Ya había sus mismas leyes traspasado,
Olvidando su ingénita cordura:
Pues vió pacer en el mullido prado
Al rey terrible de la selva oscura
Con el gamo fugaz y el cervatillo,
Y al lobo con el tierno corderillo.

¿Estaba el grande enigma descubierto,
El terrible secreto, el hondo arcano
Que tenía al Orco, vacilante, incierto?
Con la verdad aún pugnaba en vano
Belfegor, en astucias muy experto;
Dos y tres veces con velluda mano
Los párpados bovinos restregose,
Y otras tantas su juicio confirmose.

Entonces de los ángulos sombríos
De su cerebro pululó una idea
Que más y más entorpeció sus bríos.
Recordó lo que un tiempo en la asamblea
El oyó discutir á los Judíos
Sobre ese rey que tanto se desea,
Y que de los palacios diamantinos
Bajaría entre prodigios peregrinos.

Y en su mente sonó la profecía
De aquel sublime cadencioso Vate
Que esos grandiosos signos predecía:
Creyó escuchar el grito del combate
Belfegor, y al Eterno maldecía
Que al hombre preparaba el gran rescate,
Y sintió que la rabia y el despecho,
En tropel, se agolpaban en su pecho.

Y ya las negras horas despertaban
De los barrancos húmidos brotando,
Y, cual aves informes, avanzaban
Sobre las altas cumbres aleteando,
Las ráfagas postreras expiraban
Entre los plieges de las sombras: cuando,
Semejante al corcel que en su carrera,
El rugido escuchó de la pantera;

El vestiglo de Averno, confundido,
Baja la mustia frente, retirese
De los verjeles de ese Edén florido,
Y á la orilla, de nuevo, encaminóse
Del Asfáltico Lago ennegrecido,
Y en un cóncavo escollo acurrucose
A mitigar su corrosiva pena.
Con una triste aterradora escena

Estas lúgubres playas, de espantosa
Catástofe gran teatro, (según fama,)
Cuando la húmida noche tenebrosa
En reedor sus crespones desparrama,
Suelen reproducir esa espantosa
Tragedia de terror que siempre clama
Cuánto odia el Sumo Bien, cuánto abomina
Al que se arroja á la carnal sentina.

Sordo ruido, primero, empieza á oirse
Cual trueno de lejanas tempestades;
Parece aquel desierto sacudirse,
Despertar esas mudas soledades,
Y el genio del terror, rígido, erguirse
Amenazando á todas las edades,
Y poblarse del aire las regiones
De negras y fantásticas visiones.

Se miran desgajarse de repente
Los senos del abismo, que preñado
De azufre, asfalto y de betún ardiente,
Sus entrañas, furioso, ha revesado
Cual roja lava de volcán ardiente;
El torbellino ruje desatado,
Y las lenguas de fuego se revuelven,
Todo arrastran, lo arrollan y lo envuelven.

Ya con hórrido estruendo se derrumban
De inmensos edificios las techumbres
Entre las llamas que terribles zumban,
Al desplomarse las etéreas cumbres;
Se chocan, se atropellan y se tumban
En confuso tropel las muchedumbres
Convulsas y frenéticas, huyendo
Del torbellino que las va envolviendo.

Llantos, gritos, plegarias, alaridos,
Blasfemias sin cesar é imprecaciones
Se mezclan al fragor y los silbidos
De los ígneos, rugientes aluviones;
Los palacios y templos, confundidos,
Quedan de tristes ruinas en montones,
Y el abismo otra vez parece abrirse,
Y campos y jardines engullirse.

Vuelve después de tan enorme estrago
A recobrar sus formas sepulcrales
El siempre triste gemebundo lago,
Envuelto de la noche en los cendales;
Y entonces una voz en son de amago,
Como el eco de gritos criminales,
Se cierne en derredor repercutiendo,
Y un eterno *jamás* va repitiendo.

Helándose de espanto la natura
Esa tragedia entonces contemplaba:
Sólo el Vencejo de la Estige oscura,
Que humana sangre bebe, se recreaba
En aquel cuadro de sin par tristura,
Y una risa sardónica triscaba
Entre los pliegues de su faz sombría,
Que con mueca feroz se retorció.

Semejaba, en su aspecto, parda hiena
Que á un retozón cabrito ha devorado,
Y aún hambrienta, siéntase en la arena
A relamer la sangre que ha bañado
Hasta la hirsuta crin de su melena.
El hubo en esas tierras dominado;
De esa región en la funesta historia
El reconoce su más noble gloria.

Cuando allí las impúdicas ciudades
Erguían aún sus criminales frentes,
Entre el tufo y hedor de sus maldades;
A Belfegor inciensos pestilentes
Quemábanse de mil lubricidades,
Causa de tantas víctimas dolientes:
Por eso en la región del exterminio
El ha sentado su feroz dominio.

Quiso, por fin, el infernal legado
Su misión acotar con fin glorioso,
Juzgando que por él representando
Estaba el negro imperio poderoso:
Creyó un deber mostrarse denodado,
Y desafiar al jefe belicoso
Que ya, tal vez, sentado había sus reales
En la patria do gimen los mortales.

Batió sus alas, dominó la altura,
Y la cumbre del Fasga, en un momento
Hizo gemir su colosal figura,
Y en ademán altivo y arrogante,
Como ostentando su marcial bravura,
Alzó la vista al cielo centelleante,
Y á nombre del tirano del Averno,
Con un grito feroz, retó el Eterno.

Como rueda un peñasco desprendido
De alpestre cima, enormes tumbos dando,
Y en su choque, con hórrido crugido,
Los robles y altos pinos va arrollando:
Así de Belfegor el gran mugido
Iba de cumbre en cumbre rebotando,
Y al despertar los ecos en distancias,
Causaban temerosas resonancias.

Aquel reto era el grito de pelea,
De ese nuevo combate extraordinario
Que Belial propusiera en la asamblea
Para frustrar el plan del adversario
Que por salvar al hombre forcejea,
Del dolor miserable tributario;
Y la idea de perder tan gran tributo,
Al Orcó henchía de incomparable luto.

Quiso seguir el réprobo adelante,
Y llevar hasta el colmo su osadía,
Y al reino obscuro regresar triunfante:
De allí no lejos el zenit se erguía
Del Nebo la alta cumbre dominante
Do el gran Legislador en otro día
Contemplara la Tierra de ventura,
Y un angel le excavó la sepultura.

Acuérdase el prescito, y, sin tardanza,
Vuela hacia la montaña solitaria
Con ánimo de urdir báquica danza
Sobre la augusta tierra hospitalaria
Que al héroe insigne de la antigua alianza
Tributóle su ofrenda funeraria,
Y allí cebar su rabia comprimida,
Profanando esa tumba bendecida.

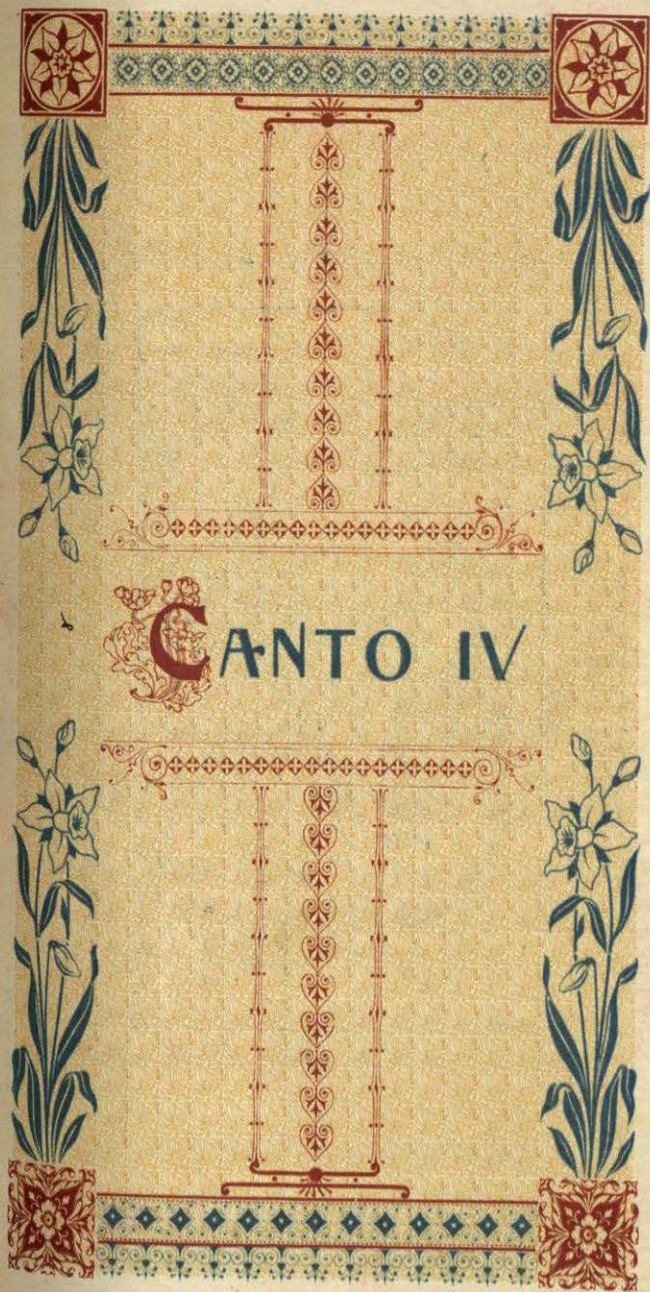
Mas ya el Eterno había determinado
Confundir del blasfemo la osadía,
Y al Erebo dejar amedrentado:
Pues mientras Belfegor en su porfía,
Como á la liebre en el abierto prado
Va husmeando la agilísima jauría,
Persigue entre las rocas y zarzales
De aquella humilde huesa las señales:

Envuelta en una blanca vestidura,
Con chispeante terrífica mirada,
Y ceñida su frente de luz pura;
Irguióse de improviso la sagrada
Sombra del grande Vate; en su figura
La indignación mostrábase marcada,
Y los brazos abiertos extendía
Como Israel, triunfando le veía.

Ante aquel signo, atónito arredrose
El monstruo á extraña causa obedeciendo;
Abrió sus fauces, y un rugido ahogose,
Y, súbito, sin bríos, retrocediendo
Por los abruptos riscos, despeñóse
A Satán y á sí mismo maldiciendo.
¡Signo de redención, emblema augusto!
¡Vida del hombre, y del Averno susto!



Fin del Canto Tercero



CANTO IV